



## VICENTE BLASCO IBÁÑEZ: LA VISIÓN DEL ASIÁTICO EN LA VUELTA AL MUNDO DE UN NOVELISTA

**Alejandro Muñoz Garcés**

*Chulalongkorn University*

sendebar@gmail.com

### Resumen

En 1823 Blasco emprende su viaje alrededor del mundo a bordo del *Franconia*, un lujoso trasatlántico desde el que hará numerosas excursiones por tierra. La etapa asiática de esta aventura tiene una relevancia especial para él. Esto se puede comprobar al leer *La vuelta al mundo de un novelista*, libro de viajes donde describe con una atención particular su visita a Japón, Corea, China e Indonesia.

En este viaje el espacio real se convierte en un espacio literario al textualizarse. Blasco recurre a elementos retóricos propios de un discurso literario muy parecidos a los que emplea en sus novelas. Más que descubrir espacios únicos, se propone dejar constancia de sus vivencias. Ante la imposibilidad de representar la totalidad del espacio referencial, hace una selección personal que responde a su sensibilidad particular y también al deseo de transmitir una imagen concreta de su personalidad como viajero.

En esta ponencia vamos a centrar nuestra atención en la visión que ofrece de los habitantes de los países que visita mientras se encuentra en el Extremo Oriente.

**Palabras clave:** Blasco Ibáñez, viajes, Asia, gente.

En este viaje alrededor del mundo Blasco visita numerosos países remotos: Japón, Corea, China, Java, Birmania, la India... Todos son lugares exóticos que él siempre ha deseado conocer. La mayor parte del recorrido la hace a bordo del *Franconia*, un crucero de lujo en el que disfruta de todas las comodidades de un hotel de cinco estrellas. En varias ocasiones desembarca para hacer recorridos por tierra de varios días y, a veces, semanas. En cualquier caso, el denominador común de este viaje es un ritmo acelerado de desplazamiento combinado con estancias breves en los lugares de interés turístico.

En cuatro meses viajará desde Nueva York hasta Mónaco recorriendo trece países de cuatro continentes. Este es un factor determinante puesto que condiciona su



observación y, por tanto, la escritura de *La vuelta al mundo de un novelista*. Blasco hace comentarios al respecto en el primer capítulo del libro. Él es el primero en reconocer que no va a tener tiempo para permanecer en cada lugar el tiempo necesario para familiarizarse con lo que ve, pero está convencido de que puede compensar esto con la habilidad especial que tiene, como artista que es, para observar. Además, puede imaginar todo aquello que no se haga evidente durante su visita, al fin y al cabo es un novelista acostumbrado a crear ficciones que representan la vida con total verosimilitud. Por otro lado, no oculta en ningún momento la intención con la que emprende su viaje:

Sólo voy a viajar como novelista. No pienso escribir estudios políticos ni económicos sobre los países por donde pase. Contaré lo que vea y lo contaré a mi modo, como el que describe las personas y los paisajes de una fábula novelesca, solo que ahora los seres y las cosas conservarán los mismos nombres que llevan en la realidad» (Blasco, 1924: tomo 1, p. 15).

También hay que tener en cuenta que su mirada no es virgen. Aunque nunca antes ha visitado la mayor parte de los países que visita durante esta vuelta al mundo, es un ávido lector que ha tenido la precaución de informarse acerca de ellos como parte de los preparativos para el viaje. A continuación vamos a estudiar cómo viaja en búsqueda de gentes sobre las que ya se ha formado una idea bastante precisa antes incluso de haberlas visto en persona. Su objetivo es comprobar si lo que él ha imaginado se corresponde con la realidad.

Pese a que es un viajero experimentado –conoce bien Europa, ha sido colono en Argentina y ha viajado por los Estados Unidos durante nueve meses- emprende este viaje con mucha ilusión. Siente curiosidad sobre todo por los países del Extremo Oriente, en particular Japón, China e Indonesia. Su gusto coincide con el predominante en la sociedad de su tiempo, tan amante de lo exótico. Blasco quiere conocer todo aquello que no guarda ningún parecido con lo existente en Occidente: otra naturaleza, otra historia, otras razas. También siente una gran atracción por la India, aunque se trata de una experiencia diferente. Este país se encuentra ya en Oriente y esto es algo significativo: «Es cierto que sus diversos pueblos se diferencian en costumbres y religiones de los países europeos; pero no han vivido miles y miles de años ignorados de nosotros como el Japón, la China y las agrupaciones malayas» (Blasco 1924: t.2, p. 278). Este es un aspecto determinante que explica por qué limitamos este trabajo al estudio de su descripción de los habitantes del Extremo Oriente.

Hay que tener en cuenta que viaja siguiendo un itinerario determinado de antemano, en grupo y con guías que se encargan de que todo sea lo más placentero posible. Esto impide que surjan demasiadas oportunidades para establecer un contacto espontáneo con los habitantes de las ciudades y pueblos que visita. Además, su relación con el entorno está también condicionada por el hecho de que es un personaje famoso y tiene que atender a periodistas que lo entrevistan, autoridades que lo agasajan o simplemente a españoles que habitan en los lugares visitados por él y que quieren conocerlo. Con esto queremos señalar el hecho de que en este viaje nuestro autor no



tiene la posibilidad de integrarse ni de observar con la atención debida su entorno, por más que tenga la intención de hacerlo.

No obstante, justo es reconocer que en las contadas ocasiones en las que puede ir por su cuenta al encuentro del otro, se muestra extremadamente receloso. Da la impresión de que teme el contacto con el pueblo llano y de que lo observa desde la distancia con un sentimiento de superioridad que le proporciona su condición de occidental y de millonario.

## Españoles en el mundo

En este viaje, como ya hiciera cuando visitara Italia o Turquía, Blasco entra en contacto con españoles que residen en los distintos países que visita<sup>1</sup>. Ahora, debido a su fama, no le es necesario ir en su búsqueda, muchos salen a su encuentro allá donde se dirija. Normalmente son encuentros breves que siempre se producen en circunstancias diferentes. Pese a su fugacidad, le son de una gran utilidad, aunque no lo confiese más que en algún caso particular. Sus paisanos siempre le ofrecen una información, actualizada desde un punto de vista español, de los distintos lugares que visita. Esto le permite un conocimiento de la gente mucho más profundo de lo que su breve estancia hubiese permitido.

Es habitual que trate con diplomáticos que representan a España en los distintos países que recorre. Esto no es algo sorprendente si se tiene en cuenta que, además de ser un personaje famoso, durante muchos años fue parlamentario. También entra en contacto con paisanos que viven alejados de la madre patria por motivos de diversa índole. El primero de estos encuentros tiene lugar en Honolulu: «Un mallorquín, antiguo bajo del Teatro Real de Madrid, don Joaquín Vanrell, que dirige una escuela de música en Honolulu y es el único español residente en la ciudad,...» (Blasco, 1924: t.1, p. 155).

Hay españoles de los que sólo menciona su nombre, seguramente en prueba de su agradecimiento por algún servicio prestado. Éste es el caso de José Muñoz, profesor de lengua y literatura españolas en la Universidad de Tokio que acude a recibirlo a Yokohama. Otros, sin embargo, gozan de cierta relevancia en su narración al protagonizar alguna vivencia que impresiona a nuestro autor. Es lo que sucede con Gabino Caballero, joven comerciante español establecido en Hong-Kong que se encontraba a bordo del buque correo de Macao que sufrió el asalto de unos piratas. La descripción detallada de este suceso sangriento sirve a Blasco para poner al lector en antecedentes acerca de los riesgos que a los que se expone cuando, durante su escala en Hong-Kong, decide visitar Macao<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Blasco (1986) habla de algunos de los españoles con los que tuvo trato durante su viaje por Italia, entre ellos cabe mencionar a los hermanos Benlliure, buenos amigos suyos. En 1907 menciona cómo, durante su estancia en Turquía, el marqués de Campo Sagrado, ministro de España en Constantinopla, le puso en contacto con numerosos personajes destacados -tanto turcos como extranjeros- de la alta sociedad de Constantinopla.

<sup>2</sup> En Blasco, 1924: t.2, p. 172, puede leerse:



Entre todos los diplomáticos españoles que conoce hay uno al que presta una atención particular. Se trata del marqués de Dosfuentes, en ese momento destinado en Pekín<sup>3</sup>. El comentario que le brinda para agradecerle el trato recibido permite sospechar la intensa vida social que lleva durante este viaje. Éste es un aspecto muy importante al que, apenas dedica unas líneas en *La vuelta al mundo de un novelista*:

Tengo un amigo y compañero de letras que ha residido en esta capital dos largas temporadas, y me conduce a muchos lugares cuyo conocimiento requiere una larga observación. Es el marqués de Dosfuentes, ministro plenipotenciario de España; diplomático que vive como un prócer de otra época, escritor que en su libro *El alma nacional* supo condensar como nadie lo mejor y lo más sano de nuestra raza. [...] Gracias a él pude conocer en poco tiempo todas las personalidades interesantes de este barrio célebre que asisten fielmente a sus comidas y recepciones (Blasco, 1924: t.2, p. 41).

Lo cierto es que tanto Blasco como el resto de sus pasajeros de viaje disfrutaban de unas vacaciones de lujo, a la altura de sus grandes posibilidades económicas. En buena parte de las ciudades donde pernoctan, bien sea por que el *Franconia* hace una escala larga o bien porque se encuentran en uno de los recorridos que hacen por tierra, son recibidos por la comunidad de expatriados con algún tipo de celebración.

Antes de abandonar China, todavía tiene la oportunidad de entrar en contacto con algunos de los más relevantes representantes de la comunidad española en Shanghái gracias a la comida que organiza Julio Palencia y Tubau, cónsul de España en esta ciudad. De todos los paisanos que conoce en este viaje alrededor del mundo, éstos son los que le causan una impresión más profunda. Destaca entre todos al padre Castrillo, que es una leyenda en esta ciudad. Blasco lo describe con detalle:

El padre Castrillo, con su barbilla gris en punta y su frente voluminosa de hombre de tenaces voluntades, me hace recordar a los héroes de la conquista americana en el

---

Acababan de sentarse a la mesa en el comedor del buque, cuando oyeron los primeros disparos. [...] Mi amigo Caballero abandonó la mesa al oír los tiros, pero antes de llegar a la puerta del comedor se vio arrollado y golpeado contra la pared por una manga de chinos en armas que entraron como una tromba, ordenando a gritos que pusieran todos sus manos en alto.

[...]El español tuvo que entregar su cartera y sus sortijas.

<sup>3</sup> Este encuentro dio lugar a un intercambio de correspondencia (Blasco, 1999) que lo mantuvo en contacto durante los tres años siguientes. En la carta que le envía el 30 de diciembre de 1924, Blasco informa a su amigo de que lo ha mencionado en su último libro de viajes: «Querido Fernando: Anteayer en paquete certificado le remití un ejemplar de *La vuelta al mundo de un novelista*. En los capítulos que tratan de Pekín encontrará algo que hace referencia a su persona, con todo el afecto que usted me inspira». Año y medio más tarde, en la carta con fecha de 30 de junio de 1926, Blasco se lamenta del efecto negativo que ha tenido este hecho en la vida de su amigo: «Siento que le hayan acarreado contrariedades las palabras afectuosas de mi libro, referentes a usted, pero bien sabe usted que yo las escribí con la mejor intención del mundo». Esto se debe, sin duda, al ataque que dirigió Blasco –por medio de un panfleto clandestino titulado *Alfonso XIII desenmascarado: el terror militarista en España*- a la dictadura militar que estableció el general Primo de Rivera, en otoño de 1923, con el apoyo de Alfonso XIII. A partir de ese momento Blasco se convirtió en enemigo de la dictadura y esto tuvo consecuencias negativas para todos sus amigos.



siglo XVI. En Shanghái lo respetan como si fuese uno de los fundadores de la moderna ciudad, admirándole además por sus dotes de organizador y financiero. Adivinó el porvenir de este puerto antes que los ingleses, los norteamericanos y todos los que explotan hoy sus negocios (Blasco, 1924: t.2, p. 140).

Durante su efímera visita a Filipinas Blasco trató con numerosos compatriotas, aunque en su libro sólo menciona a Potous, cónsul de España, al conde Paracamps y al periodista Romero Salas. Al igual que el caso de su paso por Cuba, no se trata de una visita a un país ignoto, sino más bien de una escala en la que se dedica a la promoción de su persona y de su obra. En estas ex colonias españolas hay numerosos compatriotas y esto hace que su presencia genere una expectación inusitada. El recibimiento que le ofrecen y las actividades en las que participa<sup>4</sup> hacen que le sea imposible percibir su faceta exótica. Durante su estancia de apenas veinticuatro horas sólo tiene la oportunidad de visitar la capital, donde es agasajado sin interrupción. Se trata de una experiencia particular que sólo él puede disfrutar de entre todos los pasajeros del *Franconia*. En estos lugares tan vinculados con España la fama y el prestigio que lo destacan de los demás son todavía más pronunciados.

## Japón, Corea y China

La visita de Blasco Ibáñez al Extremo Oriente comienza cuando el *Franconia* atraca en el puerto de Yokohama. Es aquí donde desembarca para hacer un recorrido por tierra que lo llevará a través de Japón, Corea y China. Serán unos dieciséis días<sup>5</sup> de emociones intensas en los que permanecerá en un estado de excitación constante, alejado del lujo y la comodidad que ofrece el trasatlántico en el que ha viajado hasta el momento. Es ahora cuando se le presenta la oportunidad de tener un contacto más estrecho con los habitantes de los países que recorre:

Abandono por unas semanas mi camarote del *Franconia*. Voy a correr la parte más interesante del interior del Japón. Luego un buque del país me llevará a Fusán, puerto de Corea, atravesaré este ex reino que los japoneses se han apropiado, seguiré a través de la Machuria, que ocupan igualmente con un carácter temporal, entraré en China, viviré en Pekín, y cruzando gran parte del imperio Celeste, convertido hoy en República, llegaré a Shangai, donde me esperará el paquebote con mi dormitorio flotante lleno de libros y recuerdos (Blasco, 1924: t.1, p. 236).

---

<sup>4</sup> En un carta que le envía desde Hong Kong el 12 de enero de 1924, (Blasco, 1999) habla de su próxima visita a Manila «Me esperan en Manila filipinos y españoles, cordialmente unidos para hacerme un recibimiento ruidoso. Voy a dar una conferencia en el teatro más grande de allá. Tema “Lo que ha hecho España por el progreso de la humanidad”».

<sup>5</sup> El *Franconia* llega a Japón la mañana del 23 de diciembre de 1923. Durante tres días Blasco solo abandona el buque para visitas breves a los alrededores de Yokohama o para visitar Tokio. El día 26 de diciembre parte rumbo a Niko en lo que será la primera etapa de esta primera excursión por tierra. Viaja durante algo más de dos semanas para embarcarse de nuevo en Shanghái el miércoles nueve de enero de 1924.



Al término de esta excursión por tierra, Blasco ha visitado doce ciudades de tres países. El ritmo de desplazamiento ha sido necesariamente muy rápido, sobre todo si se tiene en cuenta que el día de Año Nuevo todavía se encontraba en Japón y que se embarca de nuevo el 9 de enero, después de haber cruzado Corea y China. Su descripción de esta aventura es tan rica en información relativa a cada lugar que da la impresión de que su estancia ha sido más prolongada. Su cultura general y las lecturas que ha hecho para documentarse antes de comenzar el viaje le han permitido suplir las limitaciones que impone viajar con tanta premura. Lo habitual es que permanezca en cada lugar tan sólo el tiempo imprescindible para visitar brevemente lo que le da fama. La excepción han sido unas pocas ciudades con gran atractivo turístico –Tokio, Kioto, Seúl o Pekín– y buena dotación hotelera.

Durante los dieciséis días que permanece alejado del *Franconia* recorriendo Japón, Corea y China surgen oportunidades, no muchas, en las que puede observar de cerca a sus habitantes. Hay que tener en cuenta que el abandonar el barco no implica que Blasco viaje por su cuenta: «Al frente de nuestro grupo va un profesor llamado Kanazawa, que ha sido comisionado por el Ministerio de Negocios Extranjeros para guiarme y acompañarme mientras esté en el Japón» (Blasco, 1924: t.1, p. 184). Esto hace que la mayor parte del tiempo solamente pueda establecer contacto con la gente de los lugares que visita por medio de los guías y los traductores que acompañan al grupo con el que viaja.

Además también tiene numerosos compromisos sociales que lo mantienen ocupado buena parte de su tiempo -sobre todo mientras permanece en Tokio y cuando llega a Pekín- aunque justo es reconocer que de esta manera tiene la oportunidad de relacionarse con nativos y con extranjeros residentes en estas ciudades que lo ayudan a hacerse una idea de acerca de las sociedades que visita:

Por observación directa y por las explicaciones de mis amigos japoneses, voy conociendo algo del alma de este pueblo, compleja y contradictoria, pues se funden en ella las tradiciones de 2.600 años y los transformismos violentos de un progreso que sólo tiene medio siglo y ha copiado casi de golpe los adelantos materiales del mundo occidental (Blasco, 1924: t. 1, p. 221).

No obstante, el estar en tierra firme las veinticuatro horas del día le permite encontrar la manera de pasear en solitario y observar más a sus anchas a los japoneses. Cuando esto sucede, Blasco se muestra como un observador parcial. Su objetivo no es identificarse con aquellos que describe, antes al contrario. Se sitúa en la posición del europeo que analiza con cierta soberbia la situación de estos pueblos orientales. En su opinión, la tradición, que todavía ejerce un control notable sobre estas sociedades, es una rémora para el progreso.

En el caso de Japón dice: «Hay dos Japones (sic): uno que ha entrado a todo vapor en la evolución universal del progreso, y otro que, por razones políticas interiores y por inercia, quiere permanecer unido a la primitiva tradición. Este espectáculo contradictorio y paradójico no puede durar» (Blasco, 1924: t.1, p. 307).

Afirma algo parecido una vez en China, cuando reflexiona acerca de la situación socio-política en la que se encuentra este país. Desde su punto de vista, la tradición



supone involución y el progreso sólo está en manos de aquéllos que hacen suyos los valores occidentales. Estos últimos son los orientales que Blasco admira, sin importarle la clase social a la que pertenezcan. Aunque no los describe con detalle, sí ofrece una imagen genérica del tipo de chino que más atrae su atención, aunque nunca lo haya tratado en persona:

Esta ansia de saber y la facilidad para asimilarse lo que otros estudiaron, han producido la actual República. Los jóvenes chinos educados en la América del norte y en Europa acabaron por vencer con sus predicaciones el más viejo, el más absoluto y carcomido de los Imperios, intentando organizar sobre sus ruinas lo que ellos llaman “la gran democracia amarilla” (Blasco, 1924: t.2, p. 126).

A los pocos días de haber llegado a Japón, Blasco tiene una oportunidad imprevista de viajar en un tren repleto de «burgueses modernos» que hacen todos los días el viaje de media hora que los lleva desde la ciudad donde residen, Yokohama, hasta su lugar de trabajo en Tokio. Un error en las indicaciones que recibe de un empleado de la estación ha hecho que, en lugar de subirse en el convoy especial que lo espera, se suba en un tren normal. Aprovecha esta circunstancia imprevista que lo separa del círculo protector de guías, periodistas y admiradores que siempre lo rodea para observar de cerca a sus compañeros de vagón. No es circunspecto a la hora de expresar sus impresiones, pese a estar describiendo aquella mitad del Japón más receptiva a la influencia de Occidente. Juzga lo que ve desde un punto de vista europeo sin tener en cuenta que se encuentra en una sociedad con carácter propio con gustos muy diferentes a los que el conoce. Como la barrera idiomática le impide comunicarse con ellos, se limita a describir lo externo:

Me fijo en el aspecto de estos nipones modernizados que viven una existencia occidental. Son todos ellos simpáticos, pero considero imposible encontrar una burguesía más fea de rostro y que vaya más grotescamente vestida.

Al adoptar el traje del blanco se han olvidado de aprender la armonía del indumento, los matices del color y de la línea. Se colocan sobre el cuerpo lo que en su opinión puede dar mayor señorío a la persona, no temiendo al resultado de tales mezcolanzas [...].

Hasta los que visten completamente a lo occidental tienen en sus ademanes algo de torpe y cohibido, como si fuesen disfrazados (Blasco, 1924: t.1, p. 204).

Cuando habla de los chinos, lo que describe más por extenso es el aspecto de la clase baja. En este nivel social no se aprecia en absoluto la influencia de Occidente. Hombres y mujeres visten de igual modo. De nuevo, los comentarios que hace en su descripción denotan una actitud de superioridad. Las diferencias que lo separan de ellos no sólo son culturales o raciales, sino también económicas. Estos chinos son pobres y esto es algo muy a tener en cuenta. El símil al que recurre para que el lector se haga una idea de su aspecto no puede ser más expresivo:

El pueblo bajo va en China vestido de lienzo azul; pero a causa de ser muy crudos los inviernos en las provincias septentrionales, se procuran todos el abrigo necesario forrando interiormente pantalones y blusas con una capa de algodón en rama. Los



soldados también van con ropas acolchadas, lo que les da un aspecto hinchado y cuadrangular. Como los trajes del populacho son andrajosos, se escapa por todas las roturas su relleno algodónado, y los mendigos, los jornaleros del campo, toda la chiquillería sucia y pedigüeña amontonada en las vallas de las estaciones, tienen aspecto de insectos aplastados, que sueltan por las grietas de su cascarón azul las reventaduras de unas entrañas mantecosas» (Blasco, 1924: t.2, p.14).

Hay que tener en cuenta que la apertura de este país a la influencia de Occidente es más reciente que la de Japón y por lo tanto ésta no es tan evidente. Por eso la indumentaria occidental sólo se usa por la clase alta en ocasiones especiales. Esta no es información de primera mano sino que procede de la conversación que Blasco mantiene con un pasajero, perteneciente a la clase pudiente, que conoce en el tren que lo lleva a Pekín. Es perceptible simpatía que siente por este viajero. Los términos que emplea para describirlo no se parecen en nada a los que usa para describir al «populacho»:

Uno de estos personajes, joven y de sonrisa afable, me explica la vestimenta que usan los chinos modernos según las estaciones. En invierno prefieren el traje nacional. Es más abrigador; su amplitud permite forrarlo con pieles acolchadas. En verano imitan a los coloniales de origen europeo, y se visten de blanco, con pantalón y chaqueta cerrada (Blasco, 1924: t.2, p. 27).

A estas alturas de su vida Blasco es un millonario convencido. Se considera a sí mismo miembro de una minoría selecta que representa lo mejor de Occidente y esto afecta a su percepción de todo cuanto lo rodea. En este viaje sólo se relaciona con sus pares, es decir, miembros de las clases privilegiadas de los lugares que visita, sean estos miembros de la comunidad de expatriados o nativos. Al hablar de ellos adopta un tono muy diferente del que utiliza cuando habla del pueblo llano. Esta actitud discriminatoria se debe a que, en su opinión, las diferencias culturales no son tan grandes al haber sufrido los primeros los efectos beneficiosos de una aculturación que los ha homogeneizado con lo occidental hasta el punto de haber perdido, en opinión de Blasco sus rasgos asiáticos. Al hablar de los japoneses con los que ha tratado dice:

Aprecio la diferencia de aspectos entre los japoneses de clase superior que han viajado, poniéndose en contacto con los occidentales, y los que nunca salieron del país. Todos los *gentlemen* amarillos llevan su ropa con una distinción europea y son menos feos que los otros. Algunos parecen sudamericanos de origen mestizo, y apenas sí un ligero fruncimiento de sus párpados y la tirantez de su cutis revelan el origen asiático (Blasco, 1924: t.1, p.213).

De todos los pueblos orientales que llega a conocer, sólo describe con algún detalle el aspecto físico del japonés. Lo cierto es que no le produce una impresión demasiado favorable. Cuando más adelante visita Corea y China constata el hecho de que el japonés, tanto el hombre como la mujer, es el de menor tamaño y el menos agraciado físicamente. De hecho, la peculiaridad que más le llama la atención es su fealdad:





La mayoría de los japoneses son de estatura mediocre, pero al mismo tiempo de complexión vigorosa, lo que les hace parecer algo rechonchos, con los miembros cortos y fuertes. Dos defectos físicos y sus remedios inventados por el hombre blanco, los ha aceptado el japonés de la clase media como adornos personales: la miopía y la caries dental. Los más llevan gafas de concha, redondas y de grueso armazón, que se sostienen dificultosamente sobre su aplastada nariz, y al sonreír muestran una dentadura con numerosos refuerzos de oro (Blasco, 1924: t. 1, p., 204).

Es posible que esta actitud negativa hacia el japonés tenga que ver con alguna de las experiencias que tiene mientras visita el Japón más tradicional, aquél que permanece ajeno al proceso de occidentalización que tiene lugar en ciudades como Tokio u Osaka. Lo cierto es que en lugares como Niko o Kioto, el occidental no es bien recibido. Esto se debe, al menos así lo entiende Blasco, al sentimiento de superioridad y al carácter xenófobo de sus habitantes. Es de imaginar el efecto negativo que produce en nuestro escritor, que viaja convencido de ser un representante excelso de una cultura superior, la actitud discriminatoria de la que se siente víctima. Se trata de una experiencia que deja una huella indeleble en su memoria.

Para ilustrar esta peculiaridad de la sociedad japonesa más conservadora describe el paseo a pie que se dio por las calles de Kioto. Esta ciudad es la más japonesa de todas y se mantiene al margen de la influencia de Occidente que afecta al resto del país. Tras una visita a uno de sus templos más famosos en compañía de otros viajeros y de un guía, Blasco decide pasear por sus calles para conocerla mejor. Pronto se da cuenta de los riesgos que entraña internarse en una sociedad ajena por completo al mundo occidental. En semejantes circunstancias está completamente desvalido, es más, su condición de occidental, lejos de otorgarle privilegios, lo pone en una situación de inferioridad. Aquí de nada le sirve la fama ni el dinero:

En sus vías, mejor empedradas que las de otras ciudades japonesas, apenas se ven extranjeros. Todos los transeúntes van vestidos con arreglo a la tradición. El europeo se siente abandonado al circular por Kioto, como si estuviese a una distancia infinita de su mundo. Al mismo tiempo se da cuenta de su inferioridad con relación a los que pasan junto a él. Todos le sonríen por cortesía, pero invariablemente se creen superiores (Blasco, 1924: t.1, p. 283).

En este momento ya es consciente de la situación en la que se encuentra, pero no le queda más remedio que continuar caminando. Conforme aumenta la curiosidad de los que lo rodean, Blasco va sintiéndose más incómodo, hasta el punto que llega a temer por su integridad física. Nos da la impresión de que dramatiza un poco. Lo más probable es que no se trate más que de un malentendido cultural. Los empujones que recibe son los habituales en las aglomeraciones de gente en este país. Ignorante de este hecho, Blasco los considera una manifestación del sentimiento de superioridad que, en su opinión, es característico del pueblo japonés:



Empujados y mal mirados por un gentío que huele muchas veces a *saké* y al aglomerarse en las estrechas calles se ve obligado a marchar con paso lento, empezamos a sentir cierta inquietud. Hemos abandonado imprudentemente a nuestro guía, nadie nos conoce, ignoramos la lengua del país; ¿a quién acudir si nos ocurriese algo malo?... Nos sentimos inmensamente solos entre esta muchedumbre de miles y miles de seres, sobre cuyo río de cabezas pasan músicas y se mueven banderas y faroles (Blasco, 1924: t.1, pág. 285).

Afortunadamente para él, su deambular sin rumbo, mientras el pueblo llano lo ridiculiza por el mero hecho de ser occidental, lo lleva casualmente hasta la entrada de una sala de cine. Ésta se convierte en su tabla de salvación. El cinematógrafo es la punta de lanza de la penetración occidental en esta sociedad y se da la circunstancia de que están proyectando *Sangre y arena*. Este hallazgo es tranquilizador para Blasco por partida doble. Por un lado, el constatar que incluso en esta ciudad tan conservadora el cine ha calado hondo le permite sospechar que se ha producido una cierta apertura hacia lo occidental; además hay que tener en cuenta el hecho de que la película proyectada esté basada en una de sus novelas. Esto último lo saca del anonimato en el que se encuentra y le permite recuperar la ilusión de ser único y admirado. El resultado es que ya no se siente insignificante ante el japonés:

Este descubrimiento me tranquiliza, y ¿por qué no decirlo? Me halaga, proporcionándome una de las satisfacciones mayores de mi vida.

[...] Además, si necesito protección, puedo buscar a un policía, aunque no me entienda. Me bastará llevarlo hasta la puerta del cinematógrafo y decirle por señas ante mi retrato de luchador japonés: «Ése soy yo» (Blasco, 1924: t.1, p. 287).

El sentimiento de superioridad que caracteriza al pueblo japonés también es característico del pueblo chino, pero no se dirige hacia el occidental. En el momento de su visita existen tensiones diplomáticas entre China y Japón, de ahí que sean esto últimos los vituperados: «Los chinos, como todos los pueblos de un gran pasado histórico, miran con superioridad a los países que estuvieron bajo su dependencia, política o intelectual. Como los japoneses fueron sus discípulos y los vapulearon hace treinta años en una guerra, se vengan de ellos llamándoles “los enanos<sup>6</sup>”» (Blasco, vol. II, p.8).

De su descripción del chino se desprende un sentimiento de admiración inexistente cuando habla del japonés. Hay que tener en cuenta que durante su visita China ya es una República y Blasco, republicano irreductible durante toda su vida, es muy sensible a este hecho. A su modo de ver, esta forma de gobierno supone un paso hacia

---

<sup>6</sup> En Blasco, 1924: t.2, p. 8, nuestro autor habla de la presión que ejerce Japón, ya dueño de Corea, para apropiarse de Mukden, centro ferroviario que dista veinticuatro horas de Pekín:

Los japoneses son cada vez más numerosos en Mukden y van acaparando el comercio. Su gobierno posee ya legítimamente la tierra coreana que existe al otro lado del río Yalu. Además, sostiene una guarnición en Mukden y otras ciudades manchuras que son de la China, con pretexto de guardar el ferrocarril. Desea convertir en propiedad definitiva lo que es hasta ahora ocupación temporal.



delante impuesto por aquellos chinos educados en Occidente<sup>7</sup>. En los capítulos que dedica a su recorrido por este país se van acumulando comentarios que demuestran la admiración que siente por sus habitantes: «...el chino, por regla general, es más astuto e inteligente que el blanco» (Blasco, 1924: t.2, p. 106). Esta visión tan optimista se debe en buena medida a que confía en sus cualidades positivas para que la República instalada en China, todavía inestable debido a inmoralidad administrativa y la falta de solidaridad entre los hombres, salga adelante. Tal es su interés en la pervivencia de esta forma de gobierno que conjura el peligro existente de involución política mostrando su confianza a todas luces exagerada en las cualidades de un pueblo que, por más que pretenda lo contrario, apenas conoce:

La China saldrá de esta crisis. Es un país antiquísimo y al mismo tiempo eternamente joven, pues tiene el poder de renovarse gracias a la vitalidad de sus muchedumbres. Hasta los mayores detractores del chino reconocen su sobriedad, su valor para sobrevivir las privaciones de la pobreza, su entusiasmo en el trabajo. Ningún pueblo de la tierra está mejor dotado para amoldarse a los climas más extremos, soportando lo mismo los fríos de Siberia que los ardores del Trópico [...]. (Blasco, 1924: t.2, p. 127)

Su visita a China se limita a una estancia de unos pocos días en Pekín, el resto son visitas fugaces a lugares de interés que se encuentran en el camino a Shanghái. No tiene tiempo de familiarizarse con nada de lo que ve, a pesar de ello el desplazamiento que hace de norte a sur le permite apreciar el contraste y la variedad existente entre los habitantes de los lugares que visita. Como es norma en este viaje, evita describir personajes concretos. Nos muestra dos tipos de chino completamente diferentes, el del norte y el del sur:

En realidad existen dos Chinas, completamente distintas. El habitante de Pekín, grande de estatura, sereno de rostro, parco en palabras, medio tártaro y medio manchur, no se parece al chino exuberante, imaginativo, de ingobernable individualismo, que puebla las provincias meridionales y al extenderse como emigrante por América se llama orgullosamente cantonés. (Blasco, 1924: t. 2, p.166)

Corea es el tercer país del Extremo Oriente que Blasco tiene oportunidad de conocer. Si lo visita es porque es lugar de paso obligado cuando se viaja desde Japón hacia China. La brevedad de su estancia no le impide hacer algunos comentarios acerca de la indumentaria y del aspecto físico de sus habitantes. Describe únicamente a varones y sólo aquellos que él considera «verdaderos coreanos» por su modo de

---

<sup>7</sup> Al comienzo de su viaje, cuando el *Franconia* hace escala en San Francisco, en Blasco, 1924: t.1, p. 103, Blasco sólo describe su visita al barrio chino de la ciudad. Su interés por China lo lleva a observar cómo se desenvuelve este pueblo en Occidente. Admirador de los Estados Unidos, observa satisfecho la influencia determinante que ejerce este país sobre los chinos. En su opinión esto es algo positivo:

De este barrio salieron muchos jóvenes que hoy son generales y personajes políticos en la República china. Aquí se familiarizaron con las instituciones democráticas de los Estados Unidos, atravesando luego el Pacífico para implantarlas en su país. Sin el *China Town* de San Francisco no hubiera sido posible que el Imperio más tradicionalista y absoluto de la tierra pasase de un salto a ser República.



vestir. Le asombra que se vistan con una túnica de algodón blanco y unos calzones del mismo color, más propios de lugares cálidos que del frío intenso del invierno en Corea. Pero lo que le llama más la atención es su tocado: «Todos llevan un sombrero de copa cuyo tamaño no llega a ser el de la mitad de su cabeza: un sombrero como el de los *clowns*, que se sostiene gracias a unas bridas atadas por debajo de la mandíbula inferior» (Blasco, 1924: t.1, p. 325).

En cierto modo Corea es la puerta de la verdadera Asia para nuestro autor. A partir de ahora es cuando se manifiesta ante su mirada la extrema variedad de razas que pueblan este continente. La homogeneidad racial de Japón, la pureza de sus costumbres no es representativa de la verdadera naturaleza de este continente:

En la capital de Corea nos sale al encuentro el Extremo Oriente cosmopolita. Mezclados con los coreanos hay mongoles de alta tiara de pieles y casaca hecha con cueros peludos de oso negro; siberianos con gorro de astracán y levita de cosaco, llevando el pecho adornado de cartucheras; judíos rusos de perfil ganchudo; manchures de estatura de gigante y chinos: los primeros chinos que encontramos (Blasco, 1924: t.1, p.333).

Después de su visita a Japón, Corea y China, Blasco es más consciente que nunca de las diferencias existentes entre la población oriental y la occidental. Aunque sólo ha tenido ocasión de tratar superficialmente a algunos orientales pertenecientes a las clases altas y de observar desde la distancia al pueblo llano, se ha dado cuenta de que estos países están todavía en manos de una minoría dirigente que abusa de sus prerrogativas con el consentimiento de un pueblo dócil. Incluso en China, único país donde se ha implantado la República como forma de gobierno, el futuro está condicionado por sus tradiciones:

Al ver a una humanidad tan distinta a la nuestra, se duda algo del porvenir de la República china y de la liberación de otras naciones-hormigueros pertenecientes a este mundo extremadamente viejo.

¡Pueblos de Asia!... Pueblos eternamente siervos, que en su historia de miles de años no han vivido ni una hora la vida de la libertad, siendo los primeros en considerar la democracia como algo absurdo, opuesto al ritmo de la existencia; [...] ¿Cómo llegarán nunca a ser algo grande, si, exceptuando una minoría escogida y superior, todos sus hombres ignoran la dignidad personal?... (Blasco, 1924: t.2, 159)

## Hawái y Java

Blasco visita varias islas situadas entre el Ecuador y el trópico de Cáncer. Hawái, Honolulu, Luzón, Java y Ceilán, son lugares de clima tropical, húmedo y caluroso, donde la ropa constituye un estorbo y una molestia. Es frecuente el hecho de que sus habitantes reduzcan su indumentaria a mínimos que provoquen el asombro y se apoderen de la atención del viajero occidental, en particular cuando observa a la mujer.



Esto es particularmente cierto en el caso de nuestro autor. Él está acostumbrado a las reacciones de extremo interés y excitación que despierta la desnudez femenina en los hombres españoles, italianos, franceses, etc. y, por más que procure distanciarse de esta conducta latina, a lo largo del su relato se hace evidente que la ligereza de ropa femenina le parece algo anormal e inquietante. Por eso comienza por destacar en su relato la naturalidad con la que sus compañeros de viaje, la mayoría norteamericanos, se comportan ante lo que él considera una desnudez escandalosa. Los trajes de baño que usan cuando nadan en la piscina del *Franconia* dejan al descubierto partes de la anatomía que, a su juicio, no debieran ir descubiertas:

Hombres y mujeres se entregan al deporte acuático con tranquila camaradería, sin que nadie parezca acordarse de que existe en el mundo una dualidad de sexos.

[...] Las Frinés nadadoras se despojan aquí tranquilamente de su manto blanco, quedando sin otro tapujo que la mancha azul o negra de punto de seda que cubre la sección abdominal de su desnudez; y sin embargo, el respetable areópago masculino sentado en las orillas marmóreas de la piscina no se altera ni concentra sus miradas en la seductora aparición. El interés es únicamente para la que nada mejor, y un estrépito de alegres chapuzones, llamamientos y risas sube desde el fondo del buque a las últimas cubiertas (Blasco, 1924: t.1, p. 47).

Hawái, a diferencia de Java y de Ceilán, forma parte de los Estados Unidos. La influencia civilizadora de este país ha forzado a su habitantes a sustituir la mayor parte de sus hábitos y tradiciones, entre ellos el de aceptar con naturalidad la desnudez. Esta circunstancia no despierta en absoluto el espíritu crítico de Blasco, antes al contrario. Cuando describe el traje de las bailarinas hawaianas, se limita a dejar constancia del cambio:

...no pueden presentarse en público las actuales bailarinas hawaianas como las *hulas* de otros tiempos. Éstas llevaban por todo traje un faldellín de fibras que se esparcía y volaba en torno a sus piernas y su vientre, un collar de flores sobre el desnudo pecho, una corona en la cabeza... y nada más. Las autoridades del país, en nombre de la moral cristiana, han exigido ahora que debajo del traje de *hula* usado por las bailarinas modernas se pongan éstas una camina de seda, que las tapa del cuello a las rodillas. Aun con tal aditamento pudoroso y antiestético, la danza resulta interesante (Blasco, 1924: t.1, p. 132).

Ya hemos comentado la distancia que separa a Blasco de la gente corriente de los países que visita. No se trata tan sólo de la barrera idiomática, también influye su elevado rango social y el hecho de viajar siempre con un programa muy apretado que exige un desplazamiento constante. En el caso de su visita a Java, se da la coincidencia de que el rasgo de sus habitantes que más le llama la atención es fácilmente accesible para un viajero de sus características. A diferencia de lo que ocurre cuando habla de Japón o de China, aquí no muestra interés por describir el carácter de este pueblo. Lo que más le impresiona es su aspecto físico: «Puede afirmarse que lo más extraordinario en Java es el aspecto de las muchedumbres y su belleza corporal» (Blasco, 1924: t.2: 236). Ésta es una característica muy fácil de



observar debido a la facilidad con la que los javaneses se desprenden de la ropa. No han sufrido la influencia de Occidente en la misma medida que los habitantes de Hawái, pese a ser una colonia holandesa en el momento de su visita:

Ya dije en otro lugar cómo es la tez metálica de los javaneses y especialmente de sus mujeres. Resulta exacto compararla con el bronce, pero un bronce recién frotado, limpio, que brilla como el oro. Parece que la piel de estas gentes tenga una luz interior. Sus cuerpos, lo mismo en hombres que en mujeres, son de una esbeltez que deja al viajero, algunas veces, absorto por la admiración. (Blasco, 1924: t.2, p. 236)

Describe personas de aspecto muy diferente a lo que es habitual en Occidente. Las diferencias son notables en ambos sexos, pero Blasco centra su atención en la mujer. Su exotismo se manifiesta en el color de la piel, tan atractivo como desconocido por el occidental, y también en la belleza de unas facciones que no por ser de diferente naturaleza pasa inadvertida. La única mácula que ve en el atractivo exótico de las javanasas tiene que ver con una costumbre característica de esta sociedad que influye en su aspecto: «Las más de estas mujeres resultarían de una belleza apreciable, a pesar de sus facciones exóticas, si no fuese por su costumbre de mascar betel, materia que desfigura sus bocas y les hace escupir una saliva del mismo color de la sangre». (Blasco, 1924: t.2, 240) Este comentario pone en evidencia de nuevo, recordemos la descripción que hace de japoneses que viajan con él en el tren que lo lleva a Tokio, la incapacidad de Blasco de abandonar los prejuicios culturales de su sociedad y de aceptar lo que ve como parte de una realidad distinta, exótica, pero tan válida como la que él conoce.

Su visita al interior de Java se caracteriza por la mención constante del hábito que tienen los javaneses de permanecer con el torso libre de toda vestidura, tanto los hombres como las mujeres. Este hecho no deja de sorprenderlo durante el tiempo que permanece en la isla. Desde un principio relaciona la desnudez que observa con la de Adán y Eva en el paraíso, por eso emplea con frecuencia el término «desnudez paradisíaca».

Describe con mayor detalle a la mujer, al fin y al cabo que el hombre vaya con el pecho descubierto es algo habitual o, al menos, aceptable en la cultura occidental. Por primera vez en toda su producción viajera describe el aspecto de esta parte de la anatomía femenina, algo impensable de no estar visitando un país exótico donde los intereses de los colonos siempre se han centrado en la explotación económica<sup>8</sup>. A

---

<sup>8</sup> En el primer capítulo que dedica a la descripción de su estancia en Java, Blasco, 1924: t. 2, p. 229, Blasco habla de la colonización holandesa en esta isla:

El actual gobierno de los holandeses en Java es dulce, tolerante, progresivo, y ha realizado grandes obras; pero el periodo de 1600 a 1860 –más de dos siglos y medio–, que fue el de la Compañía de las Grandes Indias y otras organizaciones sucesoras de igual carácter, puede considerarse como la muestra más completa que se conoce de colonización ávida, cruel e inexorablemente mercantil. Todos los defectos probados o problemáticos de la colonización española en América pierden importancia si se les compara con la dureza explotadora de la célebre Compañía en sus posesiones oceánicas.

Un gobernador enviado de Holanda reinaba como monarca absoluto sobre todas las islas [...].

En ningún país de la tierra corrió el dinero como en la antigua Java; más que en México y en el Perú, a raíz de la explotación de minas famosas [...].



diferencia de lo que ocurre en las colonias españolas<sup>9</sup>, los holandeses no muestran interés en mezclarse con los nativos ni tampoco en imponerles su cultura:

Los pechos de las javanasas se sostienen macizos y erguidos hasta después de las majestuosas amplificaciones que trae la maternidad. Avanzan rigurosamente horizontales, no obstante su volumen, y algunas veces, tal es su dura soberbia, que, abandonando la línea recta, elevan hacia el rostro de su portadora los dos agudos botones de sus vértices. (Blasco, 1924: t. 2, p.237)

Su sensibilidad ante la desnudez es tal que ésta acaba por protagonizar el espectáculo más destacable de todos los presenciados a lo largo de toda su prolongada experiencia viajera. La experiencia se produce en las proximidades de Garoet, ciudad que dista seis horas en tren de Batavia. Después de haber recorrido sus alrededores en coche durante algunas horas y de haber sufrido los efectos de una tormenta de lluvia que lo ha dejado empapado, el vehículo en el que viaja se cruza con un grupo de unas doscientas javanasas que camina en sentido opuesto por la misma carretera. Es probable que sean trabajadoras de los talleres de *batik* que hay en la zona. Lo asombroso es el hecho de que, en esta ocasión, las mujeres no sólo llevan sus pechos al descubierto, sino que también se han remangado sobre la cintura el *batik* con que se cubren las partes pudendas.

Esta visión, inconcebible en el mundo que él ha visitado hasta ahora, lo impresiona sobremanera<sup>10</sup>. Para un español que ha crecido en una sociedad pudibunda donde la visión fugaz de una parte prohibida de la anatomía femenina –sea ésta un tobillo o una pantorrilla, otra parte es inconcebible– excita sobremanera a los hombres, la desnudez de estas muchachas es algo verdaderamente notable que merece ser descrito con detalle:

---

La riqueza de este país consistió principalmente en la explotación de las especias. Al quedar los holandeses dueños absolutos de las Molucas, dominaron los mercados del mundo como únicos vendedores de tales materias. Nadie las poseía fuera de ellos.

<sup>9</sup> En Blasco, 1924: t.2, pág. 203, nuestro autor habla del efecto positivo que tuvo la colonización española en Filipinas. Esto forma parte de su esfuerzo por erradicar la «Leyenda negra», la crueldad que se le atribuye a los españoles cuando colonizaron el Nuevo Mundo, que enturbia el buen nombre de su país: «Igualmente sería enorme injusticia negar u olvidar que España, durante su época colonial, ilustró a este país [Filipinas] como podía hacerse entonces. Tres siglos de civilización española han quedado para siempre en la historia de Filipinas, con las torpezas y errores propios de otros tiempos, pero igualmente con todos sus adelantos espirituales».

<sup>10</sup> Hay un momento, Blasco, 1924: t.2, p. 249, en el que Blasco expresa el efecto que le produce la visión del torso desnudo de las mujeres. No escribe en primera persona, pero es evidente que el único «mirón» que puede haber en un lugar donde la desnudez es algo natural es el observador extranjero. La proximidad a tanta mujer con el pecho desnudo durante la visita a un poblado acaba afectado a Blasco:

Numerosas madres de familia se han despojado de su corta blusa y llevan por toda vestimenta un pañal colorinesco, que las cubre del bajo vientre a la mitad de las piernas. Hasta el ombligo todo es cara en ellas, y al hablar al extranjero casi lo tocan con sus exageraciones pectorales, firmes y puntiagudas. Muchas jovencitas van a estilo de muchacho, sin otra ropa que un simple calzoncillo, conmoviendo inconscientemente a los mirones con su desnudez dorada de Tanagra.



Llevar como falda una pieza de *batik*. Pero esta tela de colorines puede ensuciarse en los charcos del camino y todas ellas, tranquilamente, se la han subido más arriba de las caderas, marchando con desembarazo sin preocuparse de su desnudez inferior, tan absoluta como la de arriba. Les basta para sus escrúpulos pudorosos llevar arrugado sobre el talle este fino pañal que abulta menos que una faja (Blasco, 1924: t.2, p. 257).

Blasco considera necesario insistir en el hecho de que, en un país tan exótico como éste, donde la influencia occidental no es ni de lejos similar a la de Hawái, la desnudez que favorece el clima cálido y húmedo no está estigmatizada. Estas muchachas tienen un concepto del recato diferente, eso es todo: «No es impudor. Para que lo fuese resultaría preciso que estas muchachas conociesen los escrúpulos de las gentes vestidas, y creyeran inmoral el desnudo». (Blasco, 1924: t. 2, p. 257)

De la descripción que hace de su visita a Java cabe destacar la visión que ofrece de los nativos en la única ocasión que se le presenta de observarlos de cerca. Esto sucede cuando el auto en el que viaja en cierta ocasión pierde contacto con el resto del grupo y se extravía en el interior de la isla. Una tormenta tropical lo obliga a abandonar el coche para resguardarse de la lluvia en un refugio que se levanta junto a la carretera. Una vez dentro descubre que el lugar está lleno de javaneses que también se resguardan de la lluvia y esto lo intranquiliza en grado sumo. Como le sucedió en las calles de Kioto, cada uno de sus gestos le parece amenazador: «El refugio está lleno.[...] En su interior, sentados en el suelo, hay unos veinte javaneses. Al vernos entrar hablan entre ellos y sonríen con una expresión intraducible. La sonrisa puede ser de burla; puede ser de lástima y simpatía» (Blasco, 1924: t.2, p. 253). Muy pronto la situación se le hace insostenible. Prefiere enfrentarse a la lluvia antes que continuar cerca de estos nativos que él ve como una amenaza. En esta ocasión no hay un cine donde buscar refugio así que regresa al auto para alejarse cuanto antes de unas javaneses que describe en estos términos: «Todos ellos van casi desnudos y esparcen en este recinto cerrado un fuerte olor de carne masculina húmeda. Muchos llevan metido en la parte trasera de su faldellín un *Kris* malayo, puñal de hoja flamígera que les sirve para su defensa» (Blasco, 1924: t.2, p. 253).

Podemos concluir afirmando que Blasco ofrece una visión de la gente de Asia condicionada su profundo etnocentrismo. No se aprecia que haga ningún esfuerzo por ceder ni un ápice en sus creencias. Pese a la curiosidad que dice sentir por conocer otros pueblos tiende a criticar y ridiculizar lo que es diferente a lo que él conoce. Las condiciones en las que viaja no favorecen el contacto con el pueblo llano, pero esto no parece ser un problema para él dado el temor que éste le inspira. No es este, por tanto, un viaje de aprendizaje en el que consagre todas sus energías a la observación del otro. Esto explica el hecho de que con frecuencia reproduzca información que procede de sus lecturas o de los comentarios que escucha durante su viaje. Es destacable el hecho de que su visión del oriental está condicionada en gran medida por sus ideología. Si ofrece una imagen positiva del chino esto se debe al hecho de que China es una República. Por el contrario, la visión que ofrece del japonés es negativa porque en su opinión Japón no es un país abierto a la influencia de Occidente.





## Bibliografía

Blasco Ibáñez, Vicente, (1999): “Cartas a Antón del Olmet”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*. Nº 592, 113.

\_\_\_\_\_ (1924-5): *La vuelta al mundo de un novelista*, 3 tomos, Valencia: Prometeo.

\_\_\_\_\_ (1907): *Oriente*, Valencia, Sempere.

\_\_\_\_\_ (1896): *En el país del arte* (tres meses en Italia), Valencia, s.e.